

M.^a Isabel Martínez Navarrete

**Una revisión crítica de
la prehistoria española:
la Edad del Bronce
como paradigma**



Siglo Veintiuno de España Editores, S.A.

Historia



Esta edición ha merecido una subvención
de la Dirección General del Libro y Bibliotecas
del Ministerio de Cultura

UNA REVISION CRITICA
DE LA PREHISTORIA ESPAÑOLA:
LA EDAD DEL BRONCE COMO
PARADIGMA

por

M.^a ISABEL MARTÍNEZ NAVARRETE





siglo veintiuno editores, sa

CERRO DEL AGUA, 248. 04310 MEXICO, D.F.

siglo veintiuno de españa editores, sa

C/ PLAZA, 5. 28043 MADRID. ESPAÑA

siglo veintiuno argentina editores, sa

siglo veintiuno de colombia, ltda

AV. 3a. 17-73. PRIMER PISO. BOGOTÁ. D.E. COLOMBIA

Primera edición, septiembre de 1989

© SIGLO XXI DE ESPAÑA EDITORES, S. A.

Calle Plaza, 5. 28043 Madrid

© M.ª Isabel Martínez Navarrete

DERECHOS RESERVADOS CONFORME A LA LEY

Impreso y hecho en España

Printed and made in Spain

Diseño de la cubierta: Pedro Arjona

ISBN: 84-323-0684-3

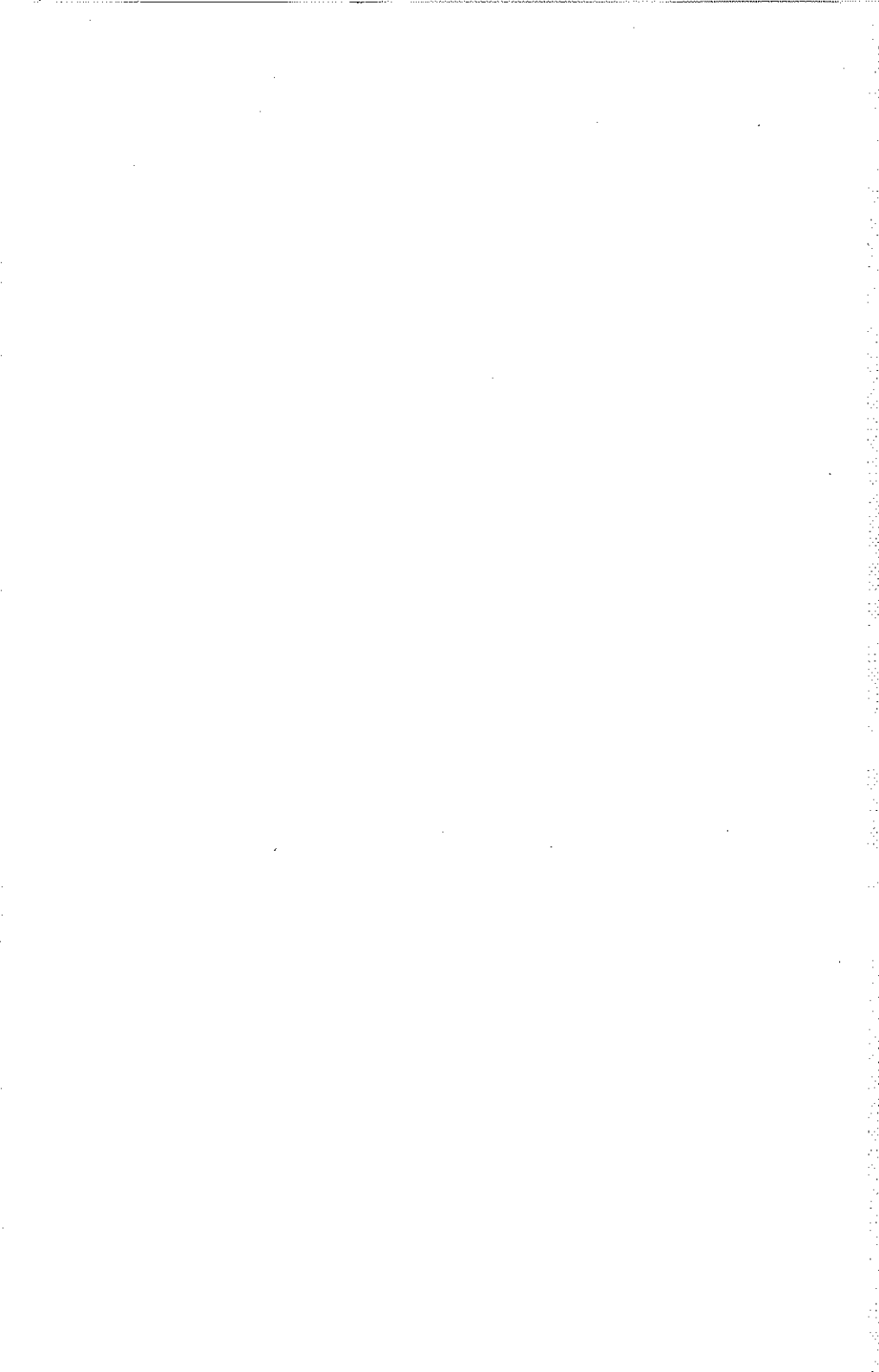
Depósito legal: M. 25.288-1989

Fotocomposición: EFCA, S. A.

Avda. Dr. Federico Rubio y Galí, 16. 28039 Madrid

Impreso en Closas-Orcoyen, S. L. Polígono Igarsa
Paracuellos de Jarama (Madrid)

A toda mi familia

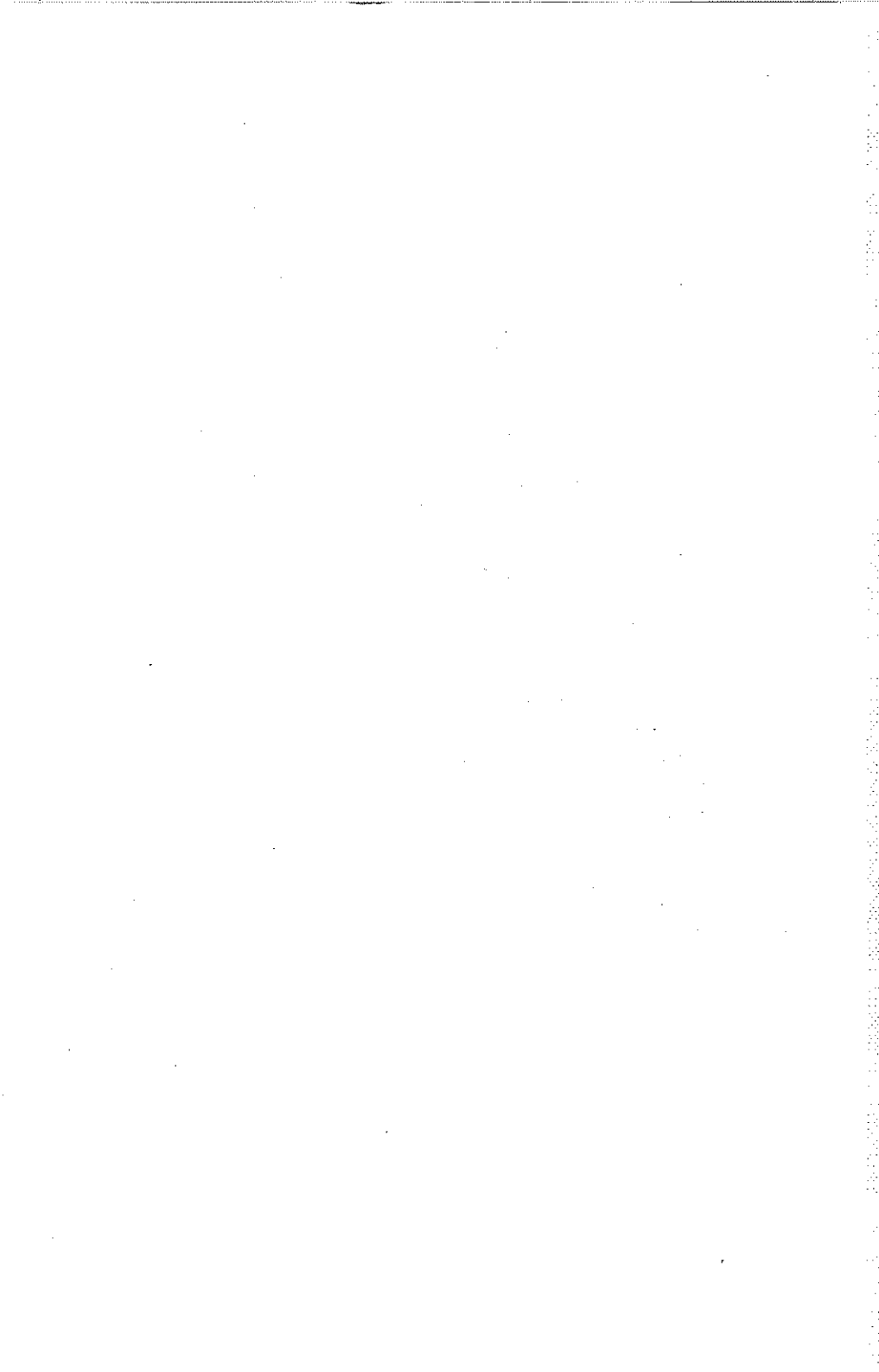


INDICE

| | |
|---|-----|
| INTRODUCCIÓN | XI |
| ABREVIATURAS | XX |
| 1. LA CONFIGURACION ACTUAL DE LA PREHISTORIA: ASPECTOS TEORICO-METODOLOGICOS | 1 |
| I. INTRODUCCIÓN: LA CRISIS DEL «CONCEPTO DE PREHISTORIA» EN LOS CONTEXTOS EUROPEO Y AMERICANO | 1 |
| II. EL PROBLEMA DE LA CONSTRUCCIÓN CIENTÍFICA DE LA HISTORIA | 8 |
| II.1. Una definición del conocimiento científico, 8.—II.2. Distinción epistemológica entre «Prehistoria» y «Arqueología», 11.—II.3. «Ciclos metodológicos» en Prehistoria, 15.—II.4. «Tendencias disciplinares» en Prehistoria, 18.—II.5. La Prehistoria como Historia o como Antropología cultural: trayectoria histórica, 26.—II.6. El problema del establecimiento de «leyes generales predictivas» en Historia, 43. | |
| III. ALTERNATIVAS ESPAÑOLAS A LA CRISIS | 57 |
| III.1. Introducción: El «concepto de Prehistoria» tradicional en la investigación española, 57.—III.2. El enfoque «nuevo arqueológico»: la orientación «cientifista» y la «arqueología económico-social y ambiental», 74.—III.3. El enfoque epistemológico, 82.—III.4. El enfoque estructural, 84.—III.5. El enfoque materialista histórico, 88. | |
| IV. CONCLUSIÓN | 108 |
| 2. LA PERIODIZACION EN PREHISTORIA..... | 121 |
| I. INTRODUCCIÓN..... | 121 |
| II. TIPOS DE PERIODIZACIÓN..... | 123 |
| II.1. Bases para su definición, 123.—II.2. Modelos epistemológicos de referencia, 124.—II.3. Realismo, | |

| | | |
|------|---|-----|
| | 125.—II.4. Convencionalismo, 131.—II.5. Instrumentalismo, 134. | |
| III. | CONCLUSIONES..... | 137 |
| 3. | LA PERIODIZACION DE LA EDAD DEL BRONCE EUROPEA | 140 |
| | I. INTRODUCCIÓN | 140 |
| | II. ASPECTOS TEÓRICO-METODOLÓGICOS | 146 |
| | III. CONTENIDO EMPÍRICO..... | 152 |
| | III.1. La caracterización francesa de la Edad del Bronce, 152.—III.2. La definición cultural de V. Gordon Childe, 164.—III.3. La cronología de la Edad del Bronce: bases actuales, 175.—III.4. El papel asignado a la metalurgia, 180.—III.4.1. <i>Significación de la metalurgia desde el punto de vista tecnológico</i> , 180.—III.4.2. <i>La metalurgia y su vinculación con el comercio</i> , 189.—III.4.3. <i>Metalurgia y comercio en el contexto de la organización sociopolítica</i> , 205. | |
| IV. | CONCLUSIONES..... | 214 |
| 4. | LA PERIODIZACION DE LA EDAD DEL BRONCE DE LA PENINSULA IBERICA..... | 223 |
| | I. INTRODUCCIÓN | 223 |
| | II. EL ENFOQUE HISTÓRICO POSITIVISTA | 225 |
| | II.1. La Escuela Clásica o Escuela de Barcelona, 225.—II.2. La transición al «modelo colonial»: G. y V. Leisner, 266.—II.3. El «modelo colonial», 284.—II.3.1. <i>Definición y primeras modificaciones</i> , 284.—II.3.2. <i>Concepción actual</i> , 291.—II.3.3. <i>Conclusión</i> , 297.—II.4. La cuestión campaniforme, 298.—II.4.1. <i>Introducción</i> , 298.—II.4.2. <i>Las tesis clásicas</i> , 311.—II.4.3. <i>La «Teoría del Reflujo»</i> , 316.—II.4.4. <i>Tesis de la continuidad VNSP</i> , 319.—II.4.5. <i>Conclusión</i> , 335.—II.5. La Edad del Bronce, 337.—II.5.1. <i>Introducción</i> , 337.—II.5.2. <i>La tesis difusionista acerca del origen de la cultura de El Argar</i> , 340.—II.5.3. <i>La cultura de El Argar como desarrollo local</i> , 350.—II.5.4. <i>Conclusión</i> , 355. | |

| | |
|--|-----|
| III. EL ENFOQUE INTEGRADO DE LA CULTURA..... | 359 |
| III.1. Introducción, 359—III.2. Las alternativas funcionalistas, 362.—III.2.1. <i>El acceso diferencial a recursos críticos escasos, los contrastes ecológicos y las redes de intercambio/alianza como explicaciones del desarrollo del Sureste</i> : R. W. Chapman y C. Mathers, 362.—III.2.2. <i>El vaso campaniforme: un objeto de lujo puesto de moda y una «cultura arqueológica»</i> : R. J. Harrison, 372.— | |
| III.3. Las alternativas materialistas, 387.—III.3.1. <i>La irrigación y el policultivo mediterráneo como factores de cambio en la organización social almeriense y argárica: el enfoque materialista histórico</i> de A. Gilman, 387.— | |
| III.3.2. <i>Un modelo materialista-dialéctico para el estudio de la cultura de El Argar</i> : V. Lull, 393.—III.3.2.1. Objeciones de V. Lull a los procedimientos estadísticos y tipológicos clásicos y propuesta alternativa, 394.— | |
| III.3.2.2. La estructuración cronológica de la cultura de El Argar: bases para la rectificación, 398.—III.3.2.3. Una aproximación socioeconómica al estudio de la cultura de El Argar, 411.—III.3.2.4. Comentarios finales, 429.—III.3.3. <i>Un modelo materialista cultural para el estudio de la cultura de Los Millares</i> : A. Ramos Millán, 430.—III.4. Conclusión, 432. | |
| IV. SECUENCIA CRONOLÓGICO-CULTURAL DEL SURESTE DE LA PENÍNSULA IBÉRICA DURANTE EL CALCOLÍTICO Y LA EDAD DEL BRONCE | 442 |
| IV.1. Introducción, 442.—IV.2. El comienzo de la metalurgia y el sustrato, 443.—IV.3. La Edad del Bronce, 458.—IV.4. Conclusión, 475. | |
| BIBLIOGRAFÍA..... | 478 |
| ÍNDICE DE NOMBRES | 506 |



INTRODUCCION

Este libro ¹ se inscribe dentro de la «Arqueología teórica» y no en el programa de los «estudios sobre la ciencia» (López Piñero, 1987). Aborda un conjunto de problemas interrelacionados filosóficos, metodológicos, lógicos, teóricos e historiográficos (Klejn, 1977, p. 1) de carácter arqueológico general y referidos a los primeros períodos metalúrgicos de la península Ibérica. No se ocupa, en cambio, de «los ideales sociales subyacentes» (Fontana, 1982, p. 9) a la práctica del prehistoriador (p.e. en Kristiansen, 1981), aunque incluye ciertas alusiones a otros aspectos vinculados con el «contexto del descubrimiento» como las tradiciones de ideas o las coyunturas históricas e institucionales (Redondi, 1987, p. 97). Se asume así la tesis de que hay veces en las que la elección de una nueva teoría no depende de factores de naturaleza observacional, de las experiencias, sino de «una historia del pensamiento y de la civilización» (*ibidem*).

El énfasis en la perspectiva internalista en la ciencia frente a la externalista no pretende negar la influencia de los factores externos («la propia cultura, [...] la estructura social», Renzong, 1987, p. 25). Por un lado, recoge la idea de que «los avances científicos nunca podrán comprenderse aludiendo sólo» a dichos factores (*ibidem*, p. 27) ². En realidad, en el avance científico intervienen tanto factores internos como externos que actúan como catalizador «cognoscitivo» y «motivacional», respectivamente (*ibidem*, p. 29). Por otro lado, dicho énfasis quiere contrarrestar el peso concedido por la tradición disciplinar a la incorporación de la «ciencia en Arqueología» (Brothwell e Higgs, 1980) y de nuevos datos (los «hallazgos» y excavaciones) en

¹ El núcleo fundamental del libro es el capítulo 3.º de mi tesis doctoral (Martínez Navarrete, 1988a), defendida en 1985. Fue dirigida por el doctor Almagro Basch (Universidad Complutense de Madrid) hasta su fallecimiento y, a partir de entonces, por el doctor Fernández-Miranda (Universidad Complutense), a quien nunca agradeceré bastante haberse hecho cargo de la misma.

² El propio «Marx nunca relacionó la ciencia con una forma de conciencia social» (Renzong, 1987, p. 27).

ese avance. Finalmente la elección responde a la necesidad de acotar un tema de por sí amplio: la crítica de los presupuestos teórico-metodológicos de la Prehistoria española a través de la revisión de las periodizaciones sobre las fases indicadas. Por la misma razón, se han excluido del trabajo las obras teórico-metodológicas que no estuvieran directamente conectadas con la Arqueología y las referidas a técnicas de investigación, si bien se discuten los resultados de su aplicación cuando resulta relevante.

B. McNairn (1980, p. 1) explica el interés de un libro de las características descritas: «Si ahora generalmente se reconoce que los sistemas de clasificación y los modelos interpretativos juegan un papel crucial en la forma que adopta la visión del pasado del arqueólogo, es evidente que las bases teóricas de la Arqueología tienen que ser evaluadas para que se pueda alcanzar una clara comprensión del pasado.»

Conviene advertir que esa necesidad ha sido sentida fundamentalmente en el ámbito anglosajón desde hace tiempo (Daniel, 1943 y 1950)³. Por el contrario, en España apenas se ha concedido importancia a esta línea de investigación. Las obras de Daniel (1962 y 1967), por ejemplo, no se traducen hasta una decena de años después de su publicación. Las «historias de la investigación» son, en todo caso, un capítulo introductorio en las obras generales acerca de la Prehistoria (Almagro, 1973) o relativas a alguna de sus fases (Delibes de Castro, 1977). Facilitan al lector una narración sintetizada de la bibliografía fundamental sobre el tema, ordenada cronológicamente pero no una evaluación crítica y contextualizada de la misma⁴.

La renovación que ha tenido lugar en la última década en la Prehistoria peninsular ha afectado también esta parcela de conocimiento. La obra de A. Ruiz Rodríguez y otros autores (1986) aborda, por primera vez, las conexiones entre investigadores, sociedad y desarrollo científico, mientras T. Chapa (1986), M.^a I. Martínez Navarrete (1988a), J. M. Vicent (1988) y A. Hernando (1988) escogen una perspectiva internalista. Sin embargo, su posible incidencia se ve constre-

³ Si bien la perspectiva escogida por Daniel es más historiográfica que crítica, la apertura de una reflexión sobre el desarrollo de la Prehistoria abre camino a la evaluación de sus bases teóricas. Parece expresivo de ese interés anglosajón (Trigger, 1978, por ejemplo) que en dos obras bien conocidas sobre la situación de la investigación prehistórica en el mundo (Daniel, 1981; *World Archaeology*, 13, p. 2, 1981) no estén representados países como Alemania, Italia o España.

⁴ Se adopta, pues, una perspectiva internalista reducida a una «historiografía» en el sentido que Fontana (1982, p. 9) da al término.

nida en las tres primeras por el localismo o especificidad del tema, y en las demás, entre otras cosas, por su limitada distribución.

La originalidad de este libro viene dada por las circunstancias citadas. Su eficacia puede derivar, por un lado, de la elección, como objeto de estudio, de algunas de las etapas que mayor interés y discusión han suscitado tradicionalmente entre los prehistoriadores. Ello permite contar con un amplio panorama de las posiciones científicas imperantes en los casi cien años de publicaciones sobre el particular. Por otro lado, la revisión de la bibliografía arqueológica española específica ofrece la ocasión de servirse del mismo como contrapunto a los manuales al uso (Cano *et al.*, 1983; Jorda *et al.*, 1986; Nieto, 1985).

La dificultad fundamental para evaluar los presupuestos teórico-metodológicos de las periodizaciones sobre el inicio de la metalurgia y la Edad del Bronce reside en las contadas manifestaciones al respecto contenidas en la bibliografía. Este hecho se explica por la suspicacia que despierta todavía hoy entre los prehistoriadores lo teórico, «confundido sistemáticamente con lo especulativo o falto de comprobación» (Alcina, 1975, p. 69)⁵. De hecho V. Gordon Childe ha sido uno de los pocos prehistoriadores que «empleó tanto una metodología explícita, como una teoría histórica y social claramente definida» (McNairn, 1980, p. 8).

En la mayor parte de los casos, la ausencia de cualquier definición en ese sentido no se debe a una voluntad expresa de rehuirla en aras de una táctica o estrategia de «política científica» determinada, sino al hecho de que los propios investigadores no son conscientes del carácter ineludible y vinculante de la teoría sobre la práctica. Así, por ejemplo, Glyn Daniel (1973, p. 12) a pesar de reconocer la influencia de «prejuicios y preferencias [...] en nuestro pensar básico», afirma que «el estado del testimonio material puede influir y controlar las actividades interpretativas del historiador sin tener en cuenta consideración alguna de sus propias preconcepciones y predisposiciones».

⁵ R. L. Binford (1972b, p. 3) recoge la opinión de Griffin, según la cual la «teoría debía hacerse equivalente a especulación, y uno debía hacerla, cuando no había datos. Si había datos disponibles [...] uno resumía los datos y las unidades "evidentes-por ellas mismas" se sintetizaban históricamente [...] no había lugar para lo que los datos significaban o para lo que nos estaban diciendo sobre el pasado».

Estas afirmaciones pueden considerarse también expresivas de la opinión más extendida entre los prehistoriadores españoles, en relación con la importancia de la teoría en la investigación.

Esa convicción de la independencia entre teoría y práctica está especialmente difundida y arraigada entre los prehistoriadores españoles. La explicación hay que buscarla tanto en el tipo de formación recibida, como en la configuración histórica de nuestra disciplina. Los contenidos teóricos se han transmitido de manera indirecta y subliminal a través de informes descriptivos, pretendidamente objetivos y sin carga teórica. La fundamentación última de esta actitud se encuentra en la fe empirista en la objetividad de la observación que impregna toda la tradición disciplinar ⁶.

Por fortuna es posible llegar a averiguar aquellas determinaciones teóricas por el hecho obvio de que, en un planteamiento científico, las cuestiones semánticas afectan a los contenidos conceptuales. Normalmente se considera que el término expresa los rasgos que se estiman determinantes y exclusivos del objeto definido. Es decir, cada término diferente aplicado al mismo fenómeno prima unos ciertos rasgos de éste, seleccionados *a priori* de acuerdo con el modelo teórico escogido por cada autor. Esto nos permite su identificación, aunque no se defina explícitamente, a partir del análisis de la terminología y caracterización empleadas (Redondi, 1987, p. 101).

El éxito de la empresa depende en gran parte, como es lógico, de la correcta selección de los trabajos que fundamentan la investigación. Se ha recurrido a la bibliografía publicada ⁷ en español, francés e inglés, atendiendo no sólo a la representatividad e importancia científica del autor y su obra sino también a su alcance. Esta última precisión parece necesaria para comprender la intención del libro. Por su propia naturaleza es más frecuente la edición de un artículo u obra de síntesis en una revista especializada que la de un manual. Sin embargo el número de lectores potenciales de cada una de esas publicaciones es inversamente proporcional a su respectiva frecuencia de renovación. Ese conocido desajuste entre investigación y difusión hace imprescindible recurrir a las obras generales para estudiar el estado actual de la cuestión, aunque existan artículos sobre el particular pu-

⁶ Quizá podría considerarse manifestación indirecta de esa misma «fe» la facilidad con la que algunos prehistoriadores expresan verbalmente su orientación metodológica frente a su reticencia a presentarla en letra impresa.

⁷ El lapso que suele transcurrir desde la entrega de originales a su fecha de publicación establece circuitos de información «reservada», aunque no totalmente inaccesible a otros investigadores que hayan alcanzado una cierta posición académica. En mi opinión, esos datos todavía no pertenecen a la comunidad científica y, por tanto, no pueden manejarse en las evaluaciones del estado de la cuestión.

blicados más recientemente. Por otro lado, dada la diferente amplitud de unas y otros, es difícil averiguar hasta qué punto un cambio en la formulación refleja un auténtico cambio en los puntos de vista en vez de una modificación limitada al aspecto concreto que se esté considerando⁸. En estos casos, «tener en cuenta los pronunciamientos iniciales permite revelar el origen de las ideas y, por tanto, una comprensión más completa del significado de los posteriores» (Klejn, 1977, p. 13).

Se ha intentado que la revisión fuera tan objetiva y práctica como fuera posible. Para ello se ha expuesto claramente la *posición* desde la que se criticaba, condicionando la extensión de las transcripciones textuales a la correcta transmisión de *lo que* se criticaba.

Los modelos o presupuestos teóricos que se van a evaluar corresponden a tres niveles distintos de generalidad.

En primer lugar, se encuentran todas aquellas declaraciones relativas al «concepto de Prehistoria». Algunas hacen referencia a aspectos epistemológicos (estatus gnoseológico de la disciplina, inclusión dentro de las ciencias naturales o humanas, metodología, etc.). Otras expresan las posiciones adoptadas por los historiadores en el campo de la Antropología cultural.

El hecho de que la mayoría de la información disponible corresponda a los elementos materiales de la cultura ha orientado, en general, la investigación en un sentido estrictamente historicista y descriptivo. Sin embargo, el enfoque antropológico siempre ha estado presente, de forma implícita, en términos tan frecuentes en los estudios arqueológicos, como los de «cultura», «tradición», «innovación», «pueblo», «contacto», «etnia». Estos términos tienen contenidos conceptuales muy distintos, según la teoría antropológica que les sirva de referente (normativismo, funcionalismo, evolucionismo, etc.). Los arqueólogos «que los emplean están reconociendo inconscientemente su dependencia del cuerpo de principios de la etnología» (Rivera Dorado, 1981, p. 105).

El segundo nivel de generalidad corresponde a las concepciones que sobre la periodización y la terminología tienen los investigadores. Ambos aspectos, estrechamente relacionados, están determinados por las opciones adoptadas en el nivel anterior. Comprenden los principios de organización de los contenidos empíricos que integran el tercer y último nivel. Dichos contenidos son el resultado de la in-

⁸ Los autores no suelen ser muy explícitos sobre este particular.

vestigación «arqueográfica». Están constituidos por aquellos rasgos del hábitat, sistema de enterramiento, organización social y económica, que han sido considerados más significativos para la caracterización cultural de acuerdo con una cierta posición teórica. En consecuencia, no se valoran tanto los aspectos específicos de los elementos que definen una cierta fase cuanto la «categoría» a la que pertenecen (cultura material, aspectos sociales, económicos, rituales).

Este plan de trabajo se desarrolla en cuatro capítulos. En los dos primeros se exponen los aspectos teórico-metodológicos y los instrumentos críticos que se van a utilizar.

En el tercero se aplican esos instrumentos al análisis de la estructura teórica y contenido empírico de las periodizaciones europeas del Calcolítico y la Edad del Bronce que más han influido en la investigación española. Al propio tiempo se vinculan los cambios en la significación sociocultural concedida a la metalurgia con la reinterpretación de esos períodos.

Los primeros períodos metalúrgicos tienen un interés general para los prehistoriadores europeos. La Edad del Bronce es la fase central del Sistema de las Tres Edades (de piedra, de bronce y de hierro) (Thomsen, 1836) que, desde fines del siglo pasado y, a la manera de las «Edades» geológicas, constituye el marco cronológico general de la Prehistoria. La precisión creciente en los procedimientos de datación y la creencia en un progreso expresado en una constante mejora tecnológica dan lugar a la individualización de una Edad del Cobre («Calcolítico» o «Eneolítico») de transición a la Edad del Bronce, en los últimos treinta años del mismo siglo.

La coincidencia entre este proceso y los espectaculares descubrimientos arqueológicos en Anatolia, Mesopotamia, Egipto, Grecia y Creta (Daniel, 1973, p. 66) promoverán, entre otros factores, el recurso al «influjo oriental» para la explicación de cuantos cambios ocurren en Europa. En este contexto, el hecho de que su primera metalurgia se basara o no en el conocimiento del bronce-estaño llega a ser crucial en la polémica entre desarrollo autóctono o inducido que surge pronto.

En el cuarto capítulo se evalúan, desde la misma perspectiva que en el anterior, las periodizaciones peninsulares a partir de las correspondientes a las culturas almerienses de Los Millares y El Argar. Según la historiografía tradicional, dichas culturas representan los primeros centros metalúrgicos de la Prehistoria española. Fueron también los primeros que se estudiaron. La atribución a su poder expan-

sivo de la generalización de las nuevas formas de vida al resto del territorio peninsular conecta cualquier investigación con la emprendida en el Sureste. Como las nuevas alternativas teórico-metodológicas han sido planteadas también para la explicación de los procesos de esta «región clásica», la bibliografía específica sobre la misma es indicativa, en términos generales, del estado de la cuestión sobre el Calcolítico y la Edad del Bronce peninsulares.

La concepción de la cultura (normativa o partitiva y articulada o integrada) asumida por los autores ha sido el criterio empleado para la organización de la revisión bibliográfica que presta especial atención a la discusión del «modelo colonial» y la «cuestión campaniforme».

La bibliografía aparece reunida al final del libro, reservando las notas para matizar y precisar el texto.

Quiero finalizar la exposición de objetivos y estructura de la obra con dos advertencias.

En primer lugar, reconozco la deuda que mi formación como prehistoriadora e interés por la disciplina tienen con quienes me precedieron. Sin su enorme esfuerzo, efectuado en muchas ocasiones en circunstancias heroicas, simplemente no estaríamos en situación de abordar el estudio del pasado, no ya desde nuevas perspectivas, sino desde ninguna en absoluto. Los casi cien años de dedicación al mismo son la condición necesaria para la virtualidad de la renovación actual. Sin embargo, no es condición suficiente: que tal renovación sea efectiva depende de la evaluación del *corpus* disciplinar desde una perspectiva histórica, tanto como de la ampliación de la base arqueológica. Poco habría avanzado nuestro conocimiento acerca de la Prehistoria si el bagaje recibido no hubiera sido evaluado a tenor de las nuevas perspectivas y datos accesibles a cada generación. La evaluación permite distinguir entre aquello que, producto de una coyuntura determinada, carece de sentido en el estado actual del problema y aquello otro que constituye un logro permanente.

Esta actividad crítica, parte de la práctica investigadora habitual en cualquier ciencia, no pone en cuestión el reconocimiento debido a «la autoridad» de quienes hicieron avanzar realmente los estudios prehistóricos manejando con honestidad los medios que tuvieron a su alcance. Por el contrario, viene exigida por la conveniencia de que tal reconocimiento se fundamente en criterios científicos y no derivados simplemente de la posición de cada autor en la estructura de poder académico.

La segunda advertencia atañe al carácter tentativo que concedo a las conclusiones del libro. Temo que el apoyo crítico que se me ha prestado⁹ no baste para contrarrestar mis propias limitaciones y las derivadas de la orientación empirista de mi formación académica. Como se recordará, «la reflexión epistemológica desde el campo específico de la arqueología apenas cuenta con breves conatos en la disciplina universitaria española» (Martín de Guzmán, 1988, p. 37)¹⁰. El problema se extiende a las obras que tratan de abordar las presuposiciones teórico-metodológicas de la bibliografía arqueológica, como dije, todavía escasas.

Finalmente, me gustaría comentar la idea de que «una discusión fructífera sería más útil si, junto con los trabajos de interpretación de los escritores clásicos, aparecieran análisis más concretos e intensos del pasado» (Klejn, 1977, p. 13). Esta idea, que me parece puede estar bastante generalizada entre los prehistoriadores, refleja un cierto temor a que la «escolástica» paralice el desarrollo de la investigación arqueológica. En realidad, la discusión puede ser tan «fructífera» como «útil» si se emprende en un contexto, como el español, donde ha sido tradicionalmente minoritaria y si se escogen obras de escri-

⁹ Mis compañeros del departamento de Prehistoria (Facultad de Geografía e Historia) de la Universidad Complutense de Madrid me prestaron apoyo constante durante los nueve años que duró su elaboración pero, sobre todo, en el tema de la «arqueología teórica» las doctoras T. Chapa Brunet y M.^a de los Angeles Querol Fernández y los doctores C. Alonso del Real, C. Martín de Guzmán, V. Fernández Martínez y G. Ruiz Zapatero. Debo a J. M. Vicent García (Departamento de Prehistoria. Centro de Estudios Históricos. CSIC) mi introducción en los problemas teórico-metodológicos. Sin su ayuda muchos de los temas me hubieran resultado inabordables. El doctor A. Gilman Guillén (Department of Anthropology. California State University, Northridge, EE UU) efectuó una exhaustiva lectura crítica del texto y me facilitó una bibliografía básica que me han servido de referente fundamental para la redacción actual. A. Perea Caveda (Departamento de Prehistoria. Centro de Estudios Históricos. CSIC) me orientó en las cuestiones relativas a los análisis metalúrgicos. Sirva lo anterior como prueba de la magnitud de mi deuda con ellos. La doctora P. López García (Departamento de Prehistoria. Centro de Estudios Históricos, CSIC) creyó en el interés de mi línea de investigación y me proporcionó el estímulo personal y el apoyo institucional necesarios para ponerla en práctica. B. Aguirre Palacio llevó con buen ánimo la convivencia conmigo durante la redacción del libro. P. Martínez Sierra se ocupó de la mecanografía. T. Chapa Brunet y A. Hernando Gonzalo me ayudaron decisivamente en estos momentos finales en los que desesperaba de poder acabarlo.

¹⁰ Entre ellos se encuentran las comunicaciones presentadas a las reuniones sobre metodología de la investigación, celebradas en Soria y Cáceres (1981), el número dedicado a «La Arqueología hoy» de la *Revista de Occidente* y los artículos de J. M. Vicent.

tores clásicos referidas a temas específicamente arqueológicos. De este modo es posible mantener la necesaria interconexión entre teoría y práctica.

El libro pretende hacerse eco de esa línea de investigación interpretativa, todavía minoritaria en nuestro país. Entiendo que tiene una importante capacidad de movilización de los estudios prehistóricos. Sólo cuando las determinaciones teórico-metodológicas que actúan de forma subliminal en la práctica disciplinar sean expresadas y definidas será posible conocer las alternativas existentes y decidir entre ellas de manera consciente. De esta forma se comprenden los resultados inmediatos de la investigación más y mejor que si nos centráramos exclusivamente en su análisis. Cuanto más amplio y externo al problema sea el enfoque escogido, mayor será la perspectiva para valorarle en sus justos términos.

Mi mayor satisfacción, dada la atención que he prestado al tratamiento del tema, sería que al finalizar el libro el lector comprendiese, al menos, mi punto de vista, aunque no lo compartiese.

- A.E.A.* = Archivo Español de Arqueología, Madrid.
A.P.L. = Archivo de Prehistoria Levantina, Valencia.
B.A.R. = British Archaeological Reports, Oxford.
B.P.H. = Bibliotheca Praehistorica Hispana, Madrid.
B.S.E.A.A. = Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología, Valladolid.
B.S.P.F. = Bulletin de la Société Préhistorique Française, París.
C.A. = Current Anthropology, Chicago, EE UU.
C.A.S.E. = Cuadernos de Antropología Social y Etnología, Madrid.
C.P. Gr. = Cuadernos de Prehistoria de Granada, Granada.
E.A.E. = Excavaciones Arqueológicas en España, Madrid.
Mem. de la S.P.F. = Mémoires de la Société Préhistorique Française, París.
N.A.H. = Noticiario Arqueológico Hispánico, Madrid.
P.L.A. = Papeles del Laboratorio de Arqueología, Valencia.
P.P.S. = Proceedings of the Prehistoric Society, Cambridge, Inglaterra.
R.A. = Revista de Arqueología, Madrid.
R.G. = Revista de Guimarães, Guimarães, Portugal.
R.O. = Revista de Occidente, Madrid.
S.A.M. = Studien Zu den Anfängen der Metallurgie, Gebr. Mann Verlag, Berlín.
T.P. = Trabajos de Prehistoria, Madrid.
W.A. = World Archaeology, Londres.